

Derivas reaccionarias y contramovimientos en el Sur

Laurent Delcourt

■ ¿Asistimos a un giro reaccionario en los países del Sur? Ante el potente ascenso, casi simultáneo en los tres continentes, de fuerzas sociales y políticas regresivas que ponen en cuestión las conquistas democráticas de estas últimas décadas, es necesario plantearse esta cuestión. Síntoma de identidades confusas, de desigualdades y del reforzamiento de fracturas, sacan provecho del retroceso de las fuerzas progresistas.

Tensiones identitarias e histeria securitaria, ascenso de conservadurismos morales y de fundamentalismos religiosos, reaparición de nacionalismos ultras y éticos, ascenso de partidos y corrientes políticas abiertamente xenófobas, multiplicación de plutocracias y de demagogias autoritarias, banalización de expresiones racistas, misoginia y homofobia, *brutalización* del debate público y rechazo del multilateralismo..., todo parece indicar que nuestras sociedades han entrado en una fase “regresiva” (Geiselberger, 2017), de “derechización del mundo” (Cusset, 2016), cuando no de “descivilización” (Nachtwey, 2017), sea cual sea la forma que adopten en función de donde se den, en esta inflexión que algunos califican de histórica.

Lejos de las profecías optimistas de los apóstoles neoliberales del mercado autorregulado, para quienes la generalización del librecambio iba a abrir, inevitablemente, la vía a una era de paz y de prosperidad económica para todo el mundo y marcar el triunfo final de la democracia, la globalización ha traído consigo una amplia sucesión de crisis económicas y de grandes transformaciones sociopolíticas, creando las condiciones para la vuelta reforzada de corrientes políticas particularmente regresivas.

Guardianes del orden y de la moral, detractores de la universalidad de los derechos humanos, adversarios del Estado social, nostálgicos de un pasado idealizado o partidarios del *statu quo*, estos últimos años, estos nuevos reaccionarios no dejan de ganar en visibilidad, de consolidar su base social y de reforzar su presencia en el ámbito público y la escena política. Actuando sobre las frustraciones y el descrédito generalizado que se ha abatido sobre el mundo político, su creciente audiencia y sus éxitos electorales serían el signo, según la socióloga Eva Illouz, de una *radicalización* (a la derecha) de la población en la mayoría de las democracias liberales:

“La gente se radicaliza pese a que tras la Segunda Guerra Mundial había aceptado y respetado, en lo fundamental, las reglas de juego liberales [...] hoy en día una parte de la gente parece haber decidido

1. EL DESORDEN GLOBAL

poner en cuestión determinados elementos fundamentales del liberalismo político: el pluralismo étnico y religioso, la integración de la nación en el orden mundial a través del intercambio económico y las instituciones internacionales, la expansión de los derechos individuales y colectivos, la tolerancia hacia la diversidad sexual, la neutralidad del Estado en lo que respecta a la pertenencia étnica... Y más allá del mundo occidental, descubrimos una situación más siniestra: Rusia, Turquía y Filipinas están bajo gobiernos agresivos, brutales, chovinistas, cuyos dirigentes muestran un desprecio abierto y sin complejos por parte de los Estados a los derechos humanos” (2017).

Efectivamente. Prolongación, bastante previsible, de la revolución neoliberal de las dos últimas décadas del siglo XX, esta inflexión regresiva no se detiene en las fronteras del mundo occidental o de su periferia. Asia del Sur y el Sudeste Asiático, el mundo árabe, África y América Latina también están atravesados por fuertes corrientes retrógradas que, aquí y allí, adquieren la forma de verdaderas movilizaciones populares, capaces de poner en pie y tumbar gobiernos e influir en la agenda política.

Eventos promonárquicos en Tailandia, desarrollo de corrientes fundamentalistas en Malasia, Indonesia y en el mundo árabe, gigantescas movilizaciones reaccionarias en Brasil y Argentina, potente e influyente ascenso de movimientos extremistas hindúes en India, budistas en Birmania o en Sri Lanka, aumento de los conflictos interétnicos, religiosos y xenófobos en África... A contrapelo de las luchas de emancipación que florecieron en los países del Sur en las últimas décadas, estas fuerzas van en aumento.

Expresión de la explosión de las desigualdades, de la disolución de tejidos sociales y de la confusión de las referencias culturales, religiosas e identitarias fruto de la apertura indiscriminada de los mercados, explotan los resentimientos de las y los perdedores de la globalización en beneficio de los intereses particulares, de las facciones o de los grupos dominantes. Totalmente decididos a poner fin a las conquistas democráticas, se aprovechan del retroceso de las fuerzas progresistas y de la desaparición de los discursos que antes estructuraban el imaginario político de las clases sociales o de los movimientos independentistas.

Por primera vez, *Alternatives Sud* centra su atención en estos *contramovimientos sociales* y en esas sociedades inciviles. ¿De dónde vienen? ¿Qué formas adoptan y cómo se manifiestan? ¿Qué objetivos persiguen y cómo movilizan? ¿Cuál es su influencia en las políticas nacionales? Estas son las cuestiones a las que tratan de responder los textos recopilados en este libro [*Droites militantes et mobilisations réactionnaires*. Cetri-Syllepse, 2018].

Esta presentación no pretende ser exhaustiva. Intercambiando puntos de vista y perspectivas nacionales, su objetivo fundamental es proponer algunas claves que permitan interpretar este cambio reaccionario que se

da, casi de forma simultánea, en la mayoría de las regiones del planeta. Poniendo la atención en sus protagonistas, trata de identificar mejor las tensiones y los conflictos que atraviesan las sociedades en un contexto internacional de competencia exacerbada. También trata de valorar el estado actual de la relación de fuerzas social y política que las modelan desde una perspectiva global, crítica y comparativa. Por último, centrando la atención en estas fuerzas regresivas y en las condiciones de su (re)emergencia, el objetivo es también ayudar a una toma de conciencia de la amenaza que representan, etapa indispensable para abordar una respuesta adecuada.

Giro reaccionario en el Sur: panorama general

Antes de abordar ese panorama es necesario precisar que, a lo largo de su reciente historia, la mayoría de los países del Sur fue pasto de poderosas corrientes reaccionarias que nunca dudaron en enfrentarse a los raros gobiernos progresistas que accedieron al poder en ellos. “Mientras que en el Norte –anota Walden Bello–, la emergencia de estas fuerzas (fas-

“... los países del Sur parecen conocer un nuevo momento reaccionario, inédito desde las últimas olas democratizadoras”

cistas, populistas autoritarias o contrarrevolucionarias) y de sus líderes evoca la idea de una vuelta a los años 30, cuando el fascismo clásico llegó al poder (en Italia y en Alemania), en el Sur global su despliegue/repliegue siempre ha sido un fenómeno recurrente a lo largo de los últimos cincuenta años, en la estela de duros conflictos de clases, incluso

de guerra de clases” (2017). A pesar de ello, los países del Sur parecen conocer un nuevo momento reaccionario, inédito desde las últimas olas democratizadoras.

Asia del Sur y el Sudeste Asiático

En un reciente comunicado, la Red por una Democracia Social en Asia (Network on Social Democracy in Asia) encendió la señal de alarma: “Más allá de las salas de conferencia –advertía–, las y los demócratas y progresistas están perdiendo terreno en beneficio de movimientos populistas y fundamentalistas. A semejanza de sus *alter ego* europeos, los movimientos populistas asiáticos compiten con los movimientos democráticos y progresistas y con los sindicatos bien insertados y logran resultados bastante mejores. Los populistas están en vías de hacerse con las riendas del poder” 1/. Como también indican dos especialistas de

1/ www.socdemasia.com/young-progressives/155-social-democracy-in-a-time-of-populism-from-ripples-to-surges

la región, en Asia, como en otras partes, “cada vez más gente, víctima de las catástrofes engendradas

1. EL DESORDEN GLOBAL

por una globalización desbocada, da la espalda al liberalismo (político) y a la democracia social, para adherirse a una especie de nacionalismo populista de derechas” (Djani y Törnquist, 2017).

En Filipinas, el rechazo de la democracia liberal se expresó fundamentalmente en el acceso al poder de Rodrigo Duterte. La colosal deuda acumulada con Washington, la manipulación constante del sistema electoral por parte de élites corruptas y años de políticas neoliberales pusieron en la picota la nueva república que se estableció, a finales de los 80, sobre las ruinas del régimen de Marcos. Sin duda, en un contexto de incremento de la criminalidad, la brecha entre las promesas de inclusión democrática y de mejora de las condiciones de vida de la gente, defendidas en su momento por People Power Movement ^{2/}, y la realidad de un incremento de las desigualdades y de una pobreza masiva preparó el terreno para la victoria electoral del antiguo alcalde y hombre fuerte de Mindanao.

Elegido por prometer acabar con el narcotráfico, quien se jactaba de haber limpiado –cuando era alcalde– la ciudad de Davao del “crimen y de comunistas”, Duterte no tardó en reproducir a nivel nacional sus viejas recetas represivas. De entrada, miles de ejecuciones extrajudiciales (Raillon, 2017). Aprovechándose de un apoyo amplio en diferentes estratos de la sociedad filipina (desde las clases acomodadas tradicionales hasta la pequeña clase media, pasando por los nuevos ricos) y de sólidos apoyos en el conjunto del espectro político filipino (desde viejos aliados de Marcos y quienes en un primer momento apoyaron al expresidente Arroyo, a una buena parte de la izquierda gubernamental), Duterte, según Walden Bello, representaría la personificación misma del “fascista original”.

Tronando contra Occidente y su diplomacia basada en los derechos humanos, mimando a sus aliados y adaptando la política a las circunstancias, Duterte no es “un reaccionario que busque restablecer un pasado mítico. No es un conservador empeñado en defender el *status quo*. Su proyecto es un futuro autoritario”. El principio que rige su mandato es la fuerza bruta, el desprecio de las reglas democráticas, de la legalidad nacional y del derecho internacional (2017).

En India, el presidente Narendra Modi encarna un proyecto político diferente: una inquietante mezcla de nacionalismo cultural extremo y de neoliberalismo estrechamente vinculado a los intereses de la élite económica hindú. Sospechoso de haber respaldado, e incluso de haberlo instigado, un pogromo antimusulmán en la provincia de Gurajat, en la que ejerció como ultraliberal primer ministro, este ideólogo y antiguo activista de hindutva (la hinduidad) ganó las elecciones en 2014 gracias a la masiva movilización de miles de nacionalistas hindúes.

Apenas instalado en la presidencia, Modi impuso una política económica favorable al mundo empresarial, que constituye uno de sus apoyos más firmes, y se de-

^{2/} Movilizaciones populares y no violentas –a veces denominadas EDSA Revolution– que en 1986 provocaron la caída del dictador Ferdinand Marcos y la restauración de la democracia en Filipinas.

dicó a dismantelar la herencia laica y socialista de Nehru, así como el pensamiento no violento y tolerante de Mahatma Gandhi: “Desde que accedió al poder hace ahora tres años —explica Arjun Appadurai—, se ha cargado la libertad sexual, religiosa y artística como nunca antes en la India [...] que corre el riesgo de bascular hacia una guerra con Pakistán en cualquier momento; el temor de la población musulmana es cada vez mayor y los dalit (antes denominados *intocables*) sufren agresiones y humillaciones cotidianas con una impunidad total. Junto al léxico de la pureza étnica, Modi articula un discurso centrado en la limpieza y la higiene pública. Frente al extranjero se da una imagen que combina la modernidad digital y la autenticidad hindú, y en el interior del país, la dominación hindú se convierte en el principio para gobernar. Estas son las piedras angulares de la nueva soberanía india” (2017).

En otros países de Asia, este ascenso nacionalista y reaccionario también ha adoptado una inquietante tonalidad étnico-religiosa. En Malasia tiene que ver con la emergencia de poderosas organizaciones nacionalistas que buscan reforzar el principio de la *supremacía malaya* contra las minorías (Keuanan Melay), y convertir la religión musulmana y la realeza en los dos pilares de la sociedad (y de la ciudadanía) malaya (Choong Pui Yee, 2012; Hamayotsu, 2013). En Camboya, esta fiebre nacionalista impulsada por organizaciones jemer (*khmer*) se encuentra, desde hace poco, en los orígenes de las revueltas contra los comerciantes vietnamitas.

Por último, en Birmania ha adoptado la forma de una violenta campaña xenófoba contra los rohinyás, orquestada por organizaciones integristas budistas en nombre de la preservación de una identidad nacional presuntamente amenazada (Frewer, 2015; Raillon, 2017). Su peso en la sociedad birmana, su legitimidad social y su influencia cultural y religiosa explican en gran parte, sin lugar a dudas, el *atentismo* del gobierno de Aung San Suu Kyi y de la población ante la gravedad de los ataques que se vienen prodigando contra esta minoría musulmana.

Este activismo ultranacionalista no siempre va dirigido contra las minorías étnicas. También se orienta hacia gobiernos acusados de privilegiar determinadas categorías sociales; en particular, a las más pobres o al campesinado. Fue lo que ocurrió en Tailandia, tanto con el movimiento opuesto al gobierno popular de Thaksin Shinawatra (2001-2006), acusado por el *establishment* tailandés de haber comprado votos mediante programas sociales, que fue derrocado por los militares, como con el movimiento contra el gobierno de Yingluck Shinawatra (2011-2014), que fueron organizados por sectores nacionalistas promonárquicos con el apoyo de élites tradicionales, sectores del empresariado y de las clases medias de Bangkok y otras ciudades del sur del país.

Opuesta durante meses en la calle a los *camisas rojas*, una heterogénea coalición que agrupaba a colectivos de la sociedad civil, a expartidarios de Thaksin y a defensores de la democracia electoral, los denominados *camisas amarillas* (referencia explícita al color de la realeza) multiplica-

1. EL DESORDEN GLOBAL

ron violentas manifestaciones y *lock-outs* en la capital, antes de apoyar el golpe de Estado militar de 2014 y el Consejo Nacional de la Paz y el Orden. Una restauración que significó, una vez más, el fin del último paréntesis democrático y que abrió el camino a una nueva ola de represión contra quienes se oponen al régimen militar (Chachavalpongpun, 2012; Case, 2014).

El gobierno indonesio también fue sometido a la enorme presión de la calle, fruto de la alianza entre sectores nacionalistas y organizaciones fundamentalistas musulmanas. Aliados útiles de viejas élites políticas y económicas, estas últimas ya se habían movilizado ampliamente en 2014 contra la candidatura del actual presidente Joko *Jokowi* Widodo (en aquel momento candidato independiente de organizaciones progresistas y proveniente del medio popular), apoyando a un candidato ultraconservador: Prabowo Subianto —una especie de Trump indonesio—, oligarca ultranacionalista, antiguo general y yerno de Suharto (Törnquist y Djani, 2017).

Más recientemente contribuyeron a la derrota electoral, y a su posterior condena (sin pruebas) por blasfemia, del popular gobernador de Yakarta, M-Basuki Tjahaja Purnama, llamado Ahok, un cristiano de origen chino, aliado del presidente desde el principio. Todo ello tras haber organizado, en octubre y noviembre de 2016, movilizaciones masivas en las que participó “una masa heteróclita de islamistas fundamentalistas, de musulmanes sinceramente inquietos por el porvenir de su región y de simples habitantes descontentos con la política desarrollada por el gobierno de la ciudad” (Beyes y Bulard, 2017).

Entre los componentes islamistas que orquestaron esta campaña, algunos arrastran una siniestra reputación en tanto que herederos directos de las milicias que participaron en la masacre de militantes y simpatizantes comunistas bajo la dictadura de Suharto. En pleno ascenso, encuentran una audiencia nueva en el seno de las clases medias y superiores, al igual que entre la juventud, cada vez más sensible al discurso sobre la pureza étnica y los valores religiosos, y actualmente se plantean *reislamizar* la sociedad mezclando la identidad nacional con un islam riguroso importado de Arabia Saudí y respetuoso de las jerarquías tradicionales. Abandonando los principios de tolerancia religiosa que desde siempre han formado parte de la identidad multiétnica y plurirreligiosa de Indonesia y de la Pancasila **3/** (Benny Setia Mirawan, 2016; Beyer y Bulard, 2017).

América Latina

En un contexto de enormes desigualdades, de ralentización del crecimiento y de explosión de la violencia criminal, América Latina no es-

3/ Doctrina de Estado propuesta por Sukarno y basada en cinco principios: creer en Dios, unidad nacional, soberanía del pueblo, humanismo y justicia social (Beyes y Bulard, *op. cit.*).

capa a esta ola reaccionaria. Este continente, que cristalizó las esperanzas e ilusiones de la izquierda europea en la primera década del siglo XXI, también parece haber

entrado en una fase de restauración conservadora. Tras la “inflexión a la izquierda” (*Alternatives Sud*, 2005) ha llegado el golpe de timón a la derecha. Diversas, las fuerzas y corrientes políticas reaccionarias, a veces alineadas bajo la genérica denominación de “nueva derecha” ^{4/}, han reconquistado uno a uno los territorios perdidos estos últimos veinticinco años en beneficio de las izquierdas.

En Venezuela, la derecha ganó las elecciones parlamentarias de diciembre de 2015. En Ecuador, Bolivia y Brasil se hace con importantes municipios entre 2014 y 2016. En Brasil, desde 2016, orquestó la destitución de la presidenta Dilma Rousseff, tras un teatral procedimiento de *impeachment* que muchos calificaron de *golpe de Estado* institucional, semejante

“... estas políticas están asociadas a una agenda política ultraconservadora en el terreno securitario, moral y sexual”

a los que desembarcaron al presidente Zelaya en Honduras (2009) y Lugo en Paraguay (2012). En Chile acaba de llegar al poder, por segunda vez, un multimillonario que hizo su fortuna bajo la dictadura de Pinochet. Y es otro riquísimo hombre de negocios, Mauricio Macri, quien se hizo con la presidencia de Argentina tras una campaña encarnizada

contra la presidenta Cristina Kirchner Fernández, apoyado en una heteróclita coalición de partidos conservadores y grupos de jóvenes liberales.

Incluso en los países en los que estaban en el poder desde hace tiempo, la derecha reforzó su peso político; en particular, el de sus componentes más radicales. En Perú, con la victoria del economista, expresidente del Banco Central e inversor Pedro Pablo Kuczynski en 2016; en Guatemala, con la de Jimmy Morales, candidato del Frente de Convergencia Nacional, creado por antiguos militares acusados de crímenes de guerra; o en Colombia, donde la *derecha uribista* se movilizó con fuerza contra el acuerdo de paz con las FARC (Bohoxlavsky y Broisard, 2017; Segrera, 2016).

Allí donde recuperan el poder, es decir, casi en todas partes, estas nuevas derechas se dedican a revertir las reformas impulsadas por los gobiernos progresistas en las décadas precedentes, dismantelan a diestro y siniestro la legislación social y medioambiental, o las instituciones que las debían impulsar, y multiplican las medidas favorables al empresario, aun a riesgo de poner en cuestión los avances reales logrados en temas como la reducción de la pobreza y las desigualdades. Como muestra el caso paradigmático de Brasil, en la mayoría de estas situaciones, estas

^{4/} La denominación *nueva* derecha cada vez se utiliza más para distinguir estas corrientes políticas de la *derecha* dictatorial de los años 1964-1985 y de la *derecha* neoliberal de los años 1985-2000 (Segrera, 2016).

políticas están asociadas a una agenda política ultraconservadora en el terreno securitario, moral y sexual (Delcourt, 2015; Enders, 2017; Segrera, 2017; Viana, 2017).

1. EL DESORDEN GLOBAL

En varios países, esta brutal reacción también se ha manifestado a través de grandes movilizaciones protagonizadas por capas medias: grandes huelgas y bloqueos organizados contra el gobierno de Venezuela desde principios del siglo; insurrección secesionista del Comité Cívico pro-Santa Cruz en Bolivia en 2008; movilizaciones de los sindicatos agrícolas patronales y de los sectores del agronegocio en Argentina en 2008 contra la política fiscal del gobierno de Néstor Kirchner y una larga sucesión de movilizaciones contra el gobierno presidido por su mujer, Cristina Fernández Kirchner, entre 2012 y 2014; manifestaciones contra la reforma fiscal en Ecuador en 2015, etc. Aun si algunas de estas protestas aglutinaban también a sectores de izquierda, sus principales impulsores provenían de la derecha y sus principales reivindicaciones eran reaccionarias.

Por otra parte, varias de esas movilizaciones jugaron un importante papel en la reconstrucción de una potente oposición política. Así, las manifestaciones organizadas contra Cristina Kirchner, que se presentaban a menudo como apolíticas y espontáneas, se pueden considerar como el punto álgido de un largo trabajo de reorganización, removilización y renovación de la derecha argentina, deseosa de terminar con casi quince años de kirchnerismo para volver a un modelo ultraliberal de inspiración “menemista” (Vommaro, 2014).

En el gran país vecino (Brasil), las movilizaciones tuvieron otro carácter y un cariz más decisivo. Entre 2014 y 2015, centenares de miles de personas se movilizaron en las calles del país secundando el llamamiento de un puñado de organizaciones liberales y conservadoras para reclamar la destitución de la presidenta de izquierdas Dilma Rousseff, en lo que se puede considerar como una de las más importantes olas de movilización en los últimos treinta años.

El perfil de quienes se manifestaban (clases medias y altas), la tendencia ideológica de las organizaciones movilizadas (ultraliberales, libertarias, provida, proarmas de fuego, nostálgicas del régimen militar, etc.), el tipo de lemas coreados por esa masa vestida de verde y amarillo (a favor de la intervención militar, contra el comunismo, contra las políticas sociales, a favor de la reducción de impuestos, exigiendo más seguridad y armas de fuego, etc.) y el apoyo (cuando no la simpatía) que recabaron en las filas de la oposición, de los grupos parlamentarios claramente de derechas, en los medios y en determinados sectores de la justicia, no dejan ninguna duda sobre el carácter reaccionario de estas movilizaciones a favor del *impeachment* y de la anticorrupción. En muchos aspectos, su fisonomía se asemeja a las gigantescas *Marchas de las familias con Dios y por la libertad* que, en 1964, precedieron y prepararon el golpe de Estado contra el presidente João Goulart.

Sin ellas, la suerte del proceso político iniciado contra Dilma Rousseff hubiera sido totalmente distinta. Sin ellas, las elecciones no habrían desembocado en el Congreso más conservador que conoció el país desde

su democratización. Y sin ellas, una de las figuras fuertes del movimiento anti-Dilma, el parlamentario de extrema derecha xenófoba, racista, misógina y autoritaria Jair Bolsonaro, jamás habría alcanzado tanta popularidad, hasta el punto de situarse en buenas condiciones para la carrera presidencial de octubre de 2018.

En Brasil, como en otros países del continente, ni la difícil coyuntura económica de los dos últimos años, ni el desgaste político —que justificaría una sana alternancia— explican este brusco giro hacia atrás. El ascenso de un violento activismo de derechas, la emergencia repentina en el espacio público de una pluralidad de actores, grupos y colectivos reaccionarios (religiosos, ultraconservadores o ultraliberales), decididos a influir en las futuras políticas, así como el creciente número de sus simpatizantes, sugieren un cambio más profundo: un cambio cultural.

Mundo árabe y África subsahariana

En esta panorámica del giro reaccionario, los países del mundo árabe y de África constituyen otros tantos casos particulares, teniendo en cuenta la estrechez de los márgenes de respuesta en un contexto autoritario, y de un contexto regional extremadamente desfavorable. Como lo recuerda Sarah Ben Néfissa en este número, nos queda que el mundo árabe parece más afectado que otros por el “ascenso potente de las movilizaciones identitarias, de fundamentalismos religiosos, de comunitarismos y de etnonacionalismos”.

El fenómeno es, también, más antiguo que en otras regiones. Su origen, y su razón de ser, se encuentra fundamentalmente en la asfixia de cualquier respuesta democrática por parte de los regímenes autoritarios, en su desconfianza frente a cualquier forma de politización de las reivindicaciones sociales y en su incapacidad para conservar, en un contexto de globalización y reducción drástica del gasto público, el *pacto social autoritario*, que tras la independencia popularizó y legitimó ante sus poblaciones a los nacionalismos árabes.

Al mismo tiempo, esta inflexión fundamentalista/comunitarista se vio reforzada por la difusión, en toda la región, de la ideología wahabita, la despolitización de las luchas sociales en beneficio de referencias patrióticas e identitarias, así como por el juego de intereses nacionales y de la lucha por la influencia de las potencias regionales e internacionales. *Mutatis mutandis*, a raíz de la *primavera árabe*, este giro fue instrumentalizado por los regímenes que se sirvieron de ella para justificar la represión de la oposición y consolidar su poder, así como recuperar un mínimo de legitimidad internacional, como la Siria de Assad y el Egipto de Sissi.

Sea como fuere, en el mundo árabe-musulmán, el fundamentalismo se ha alimentado de un contexto marcado tanto por la retirada del Estado y de sus políticas sociales (en la mayoría de los países del Mediterráneo), bajo la presión de ajustes e imposiciones económicas externas, como por

1. EL DESORDEN GLOBAL

el hundimiento del Estado central (en Irak, Siria, Yemen, Somalia, etc.) en un contexto de crisis social y humanitaria, de guerras y tensiones étnicas exacerbadas.

El África subsahariana, escenario desde principios de siglo de un incremento de tensiones etno-comunitarias, religiosas, nacionalistas, identitarias e incluso de violencia xenófoba (Banégas, 2010), presenta características bastante similares. Allí, las mismas causas producen a menudo los mismos efectos. A partir de los años 80 del pasado siglo, el abandono por parte del Estado de sus responsabilidades, las luchas internas por el control total de los recursos y por hacerse con la renta pública, la *etnización de las adscripciones políticas* y la *politización de las etnicidades* no han hecho sino exacerbar las tensiones latentes.

En un contexto en el que la expresión política de las reivindicaciones sociales es escasa, pobre y sufre la represión, esta combinación de factores permitió situar en el centro del juego sociopolítico de numerosos países a múltiples grupos armados, a organizaciones radicales y a bandas de criminales (a veces confundiendo unas con otras): Ejército de la Resistencia

del Señor en Uganda, hermana gemela de Boko Haram, Séleka musulmán y anti-Balaka evangélica en República Centroafricana, milicias armadas con un discurso etnicista en RDC, Etiopía, Kenia, etc.

“... el hecho religioso debe analizarse a la luz de las dinámicas globales e interconectadas a las que está sujeta África”

Tal pluralidad de configuraciones y actores con perfiles tan diferentes nos invita a relativizar el papel de la religión en este as-

censo regresivo y violento. Lo que, sin negar la *irreductibilidad de las lógicas intrínsecas* de la fe y las creencias, recuerda también que el hecho religioso debe situarse imperativamente no solo en un juego de causalidades complejas y múltiples a nivel local, sino que también debe analizarse a la luz de las dinámicas globales e interconectadas a las que está sujeta África: integración de mercados –incluido el de la fe– a escala mundial, universalización del Estado nación y generalización de una consciencia particularista (Bayart, 2017).

Los fermentos de la revuelta

Si hay algo que choca en esta breve presentación de la propulsión reaccionaria en el Sur es su cuasiconcomitancia, sea cual sea la región que miremos y las formas que adopte esta inflexión. Y esta concomitancia no se debe al azar.

A partir de la segunda mitad de los años 1980, la mayoría de los países del Sur conoció un doble y simultáneo proceso que transformaría radicalmente su imagen: por una parte, un proceso de apertura demo-

crática, a veces franca y a veces tímida; por otro, la rápida conversión de su economía a las lógicas del librecambio y a los cánones de la ideología neoliberal en un contexto de creciente –y a veces caótica– integración global de los mercados (*Alternatives Sud*, 2017). Concebidos para que ambos procesos fueran de la mano y se reforzaran, como profetizaron los aduladores de la globalización liberal, este doble proceso tuvo graves consecuencias.

Es verdad que la democratización permitió en muchos países la apertura de espacios de expresión democrática y la emergencia o el (re)nacimiento de la sociedad civil. Pero el ajuste liberal y la reducción del rol del Estado, para dejar paso al mercado y a su lógica de competencia, también tuvieron efectos devastadores, minando las bases materiales de existencia de distintos sectores sociales y dejando en la nada la promesa de un bienestar democrático.

De hecho, lejos de haber supuesto el inicio del reinado de una *democracia universal y de un capitalismo feliz*, el someterse a la economía, combinando la liberalización de los intercambios, las privatizaciones, la reducción del gasto público y la supresión de programas destinados a los sectores más fragilizados de la sociedad, se vivió, en ocasiones, como una catástrofe cuando no como un cataclismo por la gente. Si bien los ajustes redinamizaron el crecimiento en algunos casos y favorecieron la emergencia económica de varios países, la pobreza aumentó en algunas regiones (sobre todo en África). Las desigualdades explotaron por todas partes alcanzando cuotas como nunca antes, se generalizaron los empleos informales y precarios, y las migraciones (internas o externas), debidas a la ausencia de perspectivas locales, conocieron un nuevo *boom* (*Alternatives Sud*, 2015; Oxfam 2018).

Al mismo tiempo se generalizó la *inseguridad* o el sentimiento de inseguridad debido al retroceso del Estado y la nueva lógica económica que reforzó el poder de las multinacionales y de una nueva élite globalizada; simultáneamente, la lógica del consumo invadía todas las esferas de la vida, acelerando la atomización y la individualización de la sociedad. Incluso donde la globalización favoreció la emergencia de nuevas clases medias, estas se vieron rápidamente expuestas a los riesgos del crecimiento y a las sucesivas crisis, desgarradas por el temor a perder su estatus social y amenazadas de la noche a la mañana de recaer en la pobreza, en un contexto de exacerbación de la competencia y de ralentización de la movilidad social.

Semejante disyunción entre las promesas democráticas y la realidad práctica no hizo sino alimentar un sentimiento de desconfianza o desánimo (Appadurai, 2017) de la gente en relación a la democracia, a las instituciones y a sus normas y procedimientos. Alimentó la cultura de la angustia y el resentimiento, nutriendo el rechazo a los ideales igualitarios, a pesar de que, precisamente, las desigualdades estructurales no dejaban de aumentar (Mishra, 2017).

1. EL DESORDEN GLOBAL

Lejos de haber nivelado las identidades, la globalización liberal las ha agudizado. A medida que los Estados se muestran más y más incapaces de garantizar la protección y el desarrollo de sus pueblos, hoy en día son cada vez más quienes intentan resucitar formas estrechas de soberanía, girando “hacia su respectiva cultura mayoritaria, hacia un etnonacionalismo que asfixia toda disidencia intelectual y cultural interior”. “En otras palabras –subraya Arjun Appadurai–, la pérdida de soberanía económica engendra una posición que consiste en esgrimir la idea de la soberanía cultural. La cultura se convierte en el fundamento de la soberanía nacional” (2017).

Antaño secular y portador de valores universalistas, el nacionalismo que animó las luchas por la independencia en el Sur se ha transformado radicalmente: se ha convertido en un nacionalismo étnico y/o religioso (Raillon, 2017). Y los grupos y colectivos que lo promueven hoy consideran que hay que cerrar el paréntesis democrático del que ellos se han beneficiado.

Contramovimientos regresivos

Esta situación presenta, como señala el sociólogo César Ruendes, “importantes analogías con la situación de la que K. Polanyi fue testigo directo: polarización política, inestabilidad institucional y clima de odio colectivo” (2017). Tratando de comprender el ascenso de los extremos en los años 1930, el autor de *La Gran Transformación* (1944) describió y analizó remarcablemente el doble movimiento de la evolución de la economía capitalista que condujo directo a la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial: un primer movimiento de subordinación de todas las facetas de la vida social a la lógica del mercado autorregulador, seguida de un poderoso contramovimiento de *reacción defensiva* de la sociedad frente a la colonización de la existencia por el mercado, que adoptó tanto formas emancipadoras como formas regresivas, tales como el nazismo o los fascismos.

Haciendo un llamamiento a inspirarse en el análisis de Polanyi para interpretar globalmente la actual inflexión regresiva, la socióloga de los movimientos sociales Donatella della Porta explica que:

“La historia nos enseña que los contramovimientos sociales que aspiran a restablecer los derechos tradicionalmente garantizados pueden generar relatos progresistas y ofrecer visiones más inclusivas y participativas, pero también pueden alentar y referirse a modelos regresivos y a lógicas plebiscitarias que promuevan la exclusión [...]. Con el giro neoliberal, el capitalismo trata de nuevo –por ejemplo, aboliendo las leyes que protegen los derechos ciudadanos y regulan los mercados financieros– de imponer formas de acumulación por desposesión [...]. La mercantilización del trabajo, la tierra y la moneda viene de nuevo a través de la desregulación

del mercado y el dismantelamiento de los dispositivos protectores de los derechos laborales, a través del acaparamiento de tierras y de la desregulación a gran escala del capital financiero.

Una vez más emergen contrafuerzas (en muchos aspectos similares a los contramovimientos de Polanyi), desarrollándose en dos direcciones: algunas en sentido progresista, buscando ampliar los derechos de la ciudadanía en el marco de una visión inclusiva y cosmopolita, mientras que otras adquieren un carácter regresivo, aspirando a un orden pasado en el cual no se garantizarían derechos más que a un número restringido de nativos” (2017).

De hecho, si la globalización neoliberal generó, a partir de la segunda mitad de los años 1990, una primera ola de contestación global, encarnada fundamentalmente por el movimiento altermundialista, también contribuyó a la re(emergencia) y el ascenso de “multitudes regresivas” (Appadurai), una especie de contrasociedad civil, hoy en día totalmente decidida a enterrar las recientes conquistas democráticas.

De ese modo, como señala François Raillon para Asia: “La crisis financiera de 2008, pero también los efectos nocivos de la globalización, han varado a Asia oriental. En diversas sociedades de la región se ha extendido la duda en torno a la pertinencia del modelo neoliberal, cuyos beneficios económicos debían compensar la dureza de la competencia generalizada. En las democracias, las reacciones populistas vuelven a emerger como al día siguiente de la crisis asiática de 1997-1998” (2017).

Señalar finalmente que el potente ascenso de estas fuerzas retrógradas no carece de discurso movilizador ni de organizadores y animadores de movilizaciones, capaces de acaparar la subjetividad popular y que instrumentalizan sus miedos, y el resentimiento generado por la globalización neoliberal, para ponerlos al servicio de intereses y ambiciones políticas particulares.

Discursos movilizadores

La desaparición de los *grandes relatos* colectivos en beneficio de la ideología neoliberal y de su culto al éxito personal no solo contribuye a despolitizar las luchas sociales, sino también a reactivar los sentimientos identitarios. En un contexto mundial en el que la movilidad forzosa y la inseguridad que deriva de ella tienden a confundir las pertenencias personales y colectivas, y en el que los Estados-nación cada vez se ven más reducidos a su *ethnos*, convertido en la única fuente de apoyo, la identidad tiende a (re)convertirse en un valor refugio (Krastev, 2017; Della Porta, 2017; Appadurai, 2017).

En estas condiciones no es raro que los discursos en relación a la primera comunidad de pertenencia, la tradición, la *pureza* original del grupo, la grandeza de tiempos pasados, la religión de nuestros orígenes,

1. EL DESORDEN GLOBAL

a veces un pasado mitificado e ilusorio (la hindutva en India, el carácter intrínsecamente islámico de la nación malaya o indonesia, irreductiblemente budista de la ciudadanía birmana, cristiana en el continente latinoamericano, la virtud de las antiguas realezas africanas, el retorno del islam de antaño en el mundo árabe, etc.), hayan encontrado un creciente eco en el seno de poblaciones desorientadas y que buscan referencias o garantías identitarias en un medio cambiante e inestable.

Al participar en un trabajo simbólico de invención de la tradición, estos discursos utilizan los mismos mimbres. Tratan de borrar las identidades sociales en beneficio de la identidad cultural. Hacen primar la lealtad al *ethnos* (o a la religión) frente a la solidaridad de clase, aunque tengan que hacer pasar las desigualdades estructurales y/o jerárquicas internas como naturales o aceptables. Y, simplificando la realidad a tope, se apoyan en una visión binaria y paranoica del mundo y de sus retos. De ese modo, comentando los resultados de las elecciones parlamentarias de octubre de 2016 en Brasil, un diputado del Partido de los Trabajadores explicaba, no sin miedo, que: “De repente, el Parlamento se ha llenado de integristas religiosos, sancionadores y patrimonialistas. Esta gente tiene una concepción binaria del mundo en el que dios y el diablo, el bien y el mal, los blancos y los negros, están frente a frente” (citado en *Le Monde*, 19/12/2017).

La victimización y la focalización sobre otros o en un exterior amenazador son dos de los principales resortes de esta retórica. La comunidad primordial de pertenencia, ese *entre nosotros* tranquilizador y protector estaría permanentemente amenazado, al borde de la implosión o el desplome. De ahí el llamamiento a cerrar filas para combatir la amenaza, la identificación y la señalización de los adversarios, el buscar cabezas de turco, objetivos de sustitución y salidas cómodas a todas las frustraciones y resentimientos compartidos por el grupo al que intenta movilizar este discurso.

Unas veces el enemigo es externo, más o menos lejano o abstracto: una potencia exterior, alguna ONG que defiende los derechos humanos o la igualdad de género, muchas veces acusado de injerencia cuando no de imperialismo cultural; una ideología política importada como el socialismo, etc. Otras veces es cercano y resulta más peligroso. Se le identifica como la *quinta columna*, incluso como un *parásito* que amenaza el bienestar de la comunidad o con destruir los fundamentos de su cultura o religión.

Convertidos en responsables de la mayoría de los problemas de la comunidad, portadores de todos los vicios, chanchullos y jugarretas, estos enemigos internos tienen varias caras: minorías étnicas o religiosas (rohinyás en Birmania, dalit y musulmanes en India, cristianos coptos en Egipto, budistas y confucianos en Malasia, chiitas en Yemen, etc.), comunidad LGBT en Uganda, intelectuales liberales y ateos en Bangladesh, militantes progresistas en Indonesia y en Brasil, traficantes y toxicómanos en Filipinas, etc.

Con el fin de alcanzar más eficazmente sus objetivos, estos discursos fuerzan la línea. Para mejor estigmatizar al adversario, insisten sobre la ignominia de sus prácticas y modos de vida, y no dudan en expandir rumores, informaciones falsas o exageradas, y exagerar las cosas para saturar los media. De ese modo, los rohinyás estarían relacionados desde hace muchos años con los yihadistas internacionales, los dalit (intocables y sin casta), así como los musulmanes indios, pondrían en peligro los fundamentos culturales de la nación hindú al consumir carne bovina. Las minorías religiosas en Malasia buscarían convertir a la población musulmana a través del matrimonio y sus asociaciones de caridad practicarían un peligroso proselitismo, como en la vecina Indonesia donde a estas minorías se les acusa permanentemente de minar las bases de la religión mayoritaria (Choong Pui Yee, 2012; Hamayotsu, 2013; Fewer, 2015; Stauber, 2017).

En Brasil, donde los crímenes homófobos hacen legión, a la comunidad LGBT se le acusa de forma regular de pedofilia e, incluso, de zoofilia (Vigna, 2017). En este mismo país, los partidos y movimientos de izquierda también pagan el precio de esta bilis reaccionaria siendo acusados, a menudo, de todo: xenófobos, homófobos y misóginos (Delcourt, 2015; Vigna, 2017; Enders, 2017). No solo se les acusa regularmente de atentar contra los valores cristianos, sino también de ser los emisarios del régimen castrista que intentan convertir el país a la doctrina comunista, en un discurso que parece salir directamente de la guerra fría.

Para desarrollar con más eficacia el consenso y la acción, los movimientos reaccionarios buscan suavizar su discurso o movilizan en torno a temáticas socialmente *más aceptables*, sobre temas y objetivos que hacen más consenso: la lucha contra la corrupción y un *establishment* corrupto, la denuncia de las élites económicas y de los clásicos acuerdos de libre comercio, la defensa de la libertad de culto y de la cultura local, así como la protección de la democracia amenazada.

Eric Agrikoliansky y Annie Collovald señalan asimismo que:

“Una de las formas de acción centrales de las movilizaciones conservadoras consiste en hacer aceptar un arsenal de ideas, argumentos y categorías de pensamiento, guiones sobre políticas públicas que, después o antes del evento, legitiman prácticas que despojadas de sus justificaciones ideológicas serían insoportables

1. EL DESORDEN GLOBAL

por su violencia social y dificultarían llegar a ser aceptadas. Muchas causas que promueven estos grupos conservadores no tienen credibilidad y están desacreditadas en el ámbito público contemporáneo (como obscurantistas, irracionales, retrógradas, promotoras de la vuelta a la fe y a los valores tradicionales), lo que lleva a estrategias de legitimación de doble vía.

De un lado [...] aprender a edulcorar una retórica demasiado radical [...] con el objetivo de atraer sectores más allá de los convencidos, de colectivizar la causa sumando otros grupos conservadores, y compartir los recursos beneficiándose de nuevos conocimientos y destrezas. De otro, el número no hace siempre la fuerza, y la legitimidad se gana sobre todo difundiendo ideas *ilegítimas* en los espacios públicos (como los media) o en *medios influyentes* en los que se colocan actores centrales [...] que las retomarán, a sabiendas o no, como categorías para pensar lo que hacen y para su actividad pública” (2014).

Este fenómeno se ha podido observar en Brasil, donde la mayoría de los grupos reaccionarios, rabiosamente antipetistas (desde los defensores de las armas de fuego hasta los militantes ultraliberales, pasando por las organizaciones provista de los movimientos religiosos integristas o evangelistas y antiguos nostálgicos del régimen militar), han llegado a coordinar sus acciones y a federar una buena parte de la opinión, desbordada por la continua corrupción, en torno a lemas antisistema y antigubernamentales (Delcourt, 2015).

También en Tailandia, unos años antes, donde los movimientos conservadores y monárquicos reunidos en el Comité Popular para la Reforma Democrática se ampararon de atributos democráticos y llegaron incluso a retomar lemas como Occupy Bangkok, con métodos de acción propios de la izquierda, para hacer caer a gobiernos populares y abrir la puerta a la vuelta de los militares (Chachavalpongpun, 2012; Case, 2014).

Organizaciones, recursos y transmisores

Los ejemplos tailandés y brasileño constituyen un testimonio fuerte del papel central de las organizaciones y de sus transmisores en la emergencia de estos movimientos retrógrados. Lejos de ser espontáneas, estas movilizaciones se apoyan la mayoría de las veces en un núcleo sólido, cuando no en una amplia red de agentes movilizadores, de organizaciones, de recursos, de apoyos y de transmisores, incluso cuando todas esas explosiones reaccionarias tienen apariencia de explosiones repentinas e incontroladas de violencia.

Como nos explica Jean François Bayart: “El salto de los religiosos a la política en lo que respecta a la forma de la violencia corre a cargo de las organizaciones. Es cierto que los disturbios, los pogromos y las masacres interreligiosas conllevan cierto cabreo espontáneo de la multitud. Pero son

muy pocas las que conllevan cierto grado de preparación bien ideológica, a iniciativa de instituciones religiosas, bien organizativa, a iniciativa de verdaderos movimientos armados o paramilitares”. En resumen, para parafrasear a Erik Wolf (1974), los sentimientos subjetivos, tanto como el sentido profundo de la injusticia, para convertirse en activos en la arena política tienen que adquirir forma y expresión en una organización capaz de movilizar, así como contar con el consentimiento y con recursos.

Por ejemplo, se observa una estrecha correlación entre el ascenso de los fundamentalismos religiosos y la masiva implantación en los barrios populares, abandonados por los Estados, de una multitud de iglesias o de organizaciones caritativas que ofrecen a la gente tanto ayudas como servicio y conciencia. De ese modo, en dos o tres décadas, estos agentes religiosos han logrado hacerse con un amplio espacio social y político. Dotados a menudo de importantes recursos en un contexto de penuria, sus nutridas redes de organizaciones hermanas y de filiales militantes han terminado por sustituir los pocos espacios de socialización y acción colectiva existentes en el interior de esas colectividades, en las que han contribuido a difundir discursos ultraconservadores, integristas y xenófobos.

De ese modo, el aumento del fundamentalismo musulmán en el mundo árabe y en África debe mucho al desarrollo de grupos y asociaciones caritativas y a la llegada en masa de predicadores formados en Pakistán o Arabia Saudí, como los Hermanos Musulmanes en Egipto. El éxito del BJP y el acceso al poder de Modi en India fueron posibles gracias a un trabajo intenso de creación de redes, de encuadramiento y de movilización realizado por organizaciones extremistas hindúes (RSS, VHP, Banjang Dal, Shiv Dena) y a los servicios sociales ofrecidos por sus polos caritativos (Satauber, 2017).

La marea xenófoba que cubre Birmania es fruto, sobre todo, de dos organizaciones de masas budistas, la 969 y Ma Ba Tha, que intervienen en el trabajo social (Fewer, 2015; Raillon, 2017). Y las presiones sobre el gobierno indonesio actual, la condena del gobernador de Yakarta y la campaña de moralización de la vida pública han sido desarrolladas por el Frente de los Defensores del Islam (FDI), un colectivo de extremistas musulmanes con carácter de milicia. Creado en 1998, tras la caída de Suharto, el FDI fue bendecido por la policía y el ejército y recibió el apoyo de una buena parte de la “alta sociedad política indonesia” (Beyes y Bulard, 2017).

Como muestran estos ejemplos, los movimientos religiosos y las organizaciones nacionalistas mantienen relaciones cada vez más estrechas, cuando no llegan a confundirse. Un fenómeno que nos muestra también que el sentimiento religioso ha vuelto a convertirse en uno de los principales vectores de estas nuevas formas de nacionalismo. Extendiéndose ampliamente en las ciudades, pero también en el campo y el ámbito universitario, las organizaciones que las promueven mantienen, a me-

1. EL DESORDEN GLOBAL

nudo, estrechas relaciones con sectores dirigentes y determinadas élites económicas, cuando no se convierten en sus correas de transmisión hacia el medio popular.

Si actualmente Asia conoce una fiebre nacionalista con base etno-religiosa, América Latina tampoco se ha librado de la influencia religiosa. En Brasil, por ejemplo, las iglesias evangélicas (pentecostales y neopentecostales) han ampliado su campo de acción a todas las ciudades. Contando ya con varios millones de fieles, con una representación política en el Congreso (cerca de 87 escaños sobre 513), con numerosos apoyos en las esferas dirigentes y con importantes canales mediáticos (una de las primeras cadenas del país, *Record TV*, pertenece a la Iglesia Universal del Reino de Dios), se han convertido en un poder político por derecho propio.

Prácticamente insoslayable, tanto a nivel nacional como a nivel de los estados federados y de las municipalidades, el bloque evangelista se dedica ahora a bloquear o a revisar determinadas leyes juzgadas demasiado liberales (matrimonio gay, aborto...) y, para hacerlo, establece sólidas alianzas con otros *lobbies* políticos ultraconservadores (los defensores de armas de fuego, terratenientes, *lobby* de la seguridad, etc.). Con estos últimos tienen relaciones profundas, incluso una misma visión del mundo social, y han sido uno de los principales artífices de la destitución de Dilma Rousseff.

A partir de ahora, los militantes evangelistas más radicales ya no dudan en manifestarse junto a otros grupos conservadores, tanto para oponerse a una manifestación *queer* en Sao Paulo como para denunciar la supuesta sobrerrepresentación de profesores marxistas en la escuela pública. Uno de esos grupos llegó incluso a exigir que la Constitución fuera reemplazada por la Biblia (Vigna, 2017; Enders, 2017).

El acercamiento operado entre los extremistas religiosos, organizaciones ultraconservadoras y jóvenes libertarios salidos fundamentalmente de las clases medias y altas, a raíz del amplio movimiento *proimpeachment*, son sintomáticos del reciente giro reaccionario de este país. Verdadera operación de *marketing* lanzada en 2014 por un puñado de estudiantes pertenecientes a la rama brasileña de Students for Liberty (una organización libertaria internacional basada en Estados Unidos), el Movimiento Brasil Livre (MBL), por ejemplo, no ha dejado de ganar visibilidad hasta el punto de convertirse en una de las principales puntas de lanza del movimiento anti-Dilma.

Al igual que otras organizaciones movilizadas, en su violenta campaña contra el gobierno de Dilma Rousseff, el PT y los movimientos sociales progresistas, el MBL contó con el apoyo de numerosos *think tanks*, liberales o libertarios (Instituto Millenium, Instituto Liberla, Instituto Ludwig von Mises Brasil, etc.), de organizaciones patronales (Federación de Industriales de Sao Paulo), de grandes medios de comunicación y de numerosos representantes del mundo de la política (de derechas) y judicial.

La red libertaria no solo actúa en Brasil. En toda América Latina, las organizaciones, colectivos y *think tanks* libertarios y neoconservadores, así como sus vectores políticos, tratan de extender su campo de acción y su influencia en las universidades, en los círculos empresariales y en los media, multiplicando conferencias, congresos, foros y *happenings*. Apoyados por poderosas fundaciones y organizaciones matrices internacionales (Students for Liberty, Atlas Network, etc.), pretenden extender las ideas ultraliberales en la sociedad latinoamericana y tratan de movilizar a las clases medias contra el Estado intervencionista, contra las políticas fiscales y los programas sociales siguiendo el modelo del Tea Party en Estados Unidos (Delcourt, 2015; Fang, 2017).

Reivindicándose como una nueva derecha y sin complejos, sus jóvenes militantes, provenientes todos de estratos sociales altos, se han apropiado de la bandera del cambio social así como de los atributos simbólicos del progreso, del lenguaje de la resistencia y de los registros de movilización propios de la izquierda. Pero como ya lo señalara hace algunos años el periodista brasileño Paulo Moreira Leite en relación a esta derecha militante: “Nuestro Tea Party es una traducción adaptada y empobrecida de [esta] misma retórica. Ocultándose tras causas presentadas como universales, trata de hacer olvidar que actúan en nombre de intereses bien concretos. En su versión *tropical* (sus miembros) alegan que todo lo que se mantiene gracias al Estado no solo constituye un embrión de comunismo, sino que es fruto del robo [...]. Cuando se manifiestan, se hacen pasar por anarquistas de derecha, pero sus verdaderos líderes e inspiradores han flirteado en el pasado con la dictadura militar, si no más” (citado en Delcourt, 2015).

Refundar las izquierdas para hacer frente a la ofensiva reaccionaria

El desorden generado por la globalización neoliberal y sus sucesivas crisis no pueden explicar por sí mismos esta inflexión reaccionaria. La misma se explica también por la incapacidad —o la ausencia de voluntad— de los partidos políticos clásicos para aportar soluciones concretas a los daños causados por esta globalización, así como por el debilitamiento de las izquierdas, la continua erosión de su base social y su dificultad para proponer un proyecto emancipador y movilizador, que aporte realmente un cambio y que sea susceptible de reencantar la vida política y la acción social.

Nunca antes desde la Segunda Guerra Mundial, el equilibrio de fuerzas políticas ha sido tan desfavorable a los partidos, organizaciones y movimientos progresistas. Tras haber conocido un sobresalto real durante el cambio de siglo, con la irrupción tan repentina como efímera de la izquierda en América Latina, parece que asistimos a un repliegue en todos los ámbitos (político, intelectual, social, cultural, religioso, etc.). Tanto en el Sur como en el Norte, los movimientos de emancipación parecen haber perdido no solo la batalla de las ideas sino, también, la de la socialización política.

1. EL DESORDEN GLOBAL

Es conocida la inflexión ideológica que se operó en las izquierdas políticas de numerosos países en el mismo momento en el que la globalización estaba a punto de conocer una aceleración, la larga serie de compromisos a los que llegaron para instalarse en el poder, sus alianzas contra natura, los conflictos internos y las luchas de egos, la institucionalización y el envejecimiento de sus cuadros y la prioridad otorgada a los problemas de gobernanza y a los temas societales frente a objetivos más globales de justicia social y de redistribución [de la riqueza], terminaron por desfigurar su imagen, dilapidar su legitimidad histórica y verse abandonadas por una buena parte de las clases populares y medias.

Sintiéndose cada vez menos representadas en las *democracias sin soberanía*, cansadas de elecciones, se han dejado seducir por las sirenas del mercado y del éxito individual y por los demagogos que les proponen proyectos alternativos a los de una izquierda política tan desacreditada que es percibida desde hace mucho tiempo como el “abogado del mercado desregulado, incapaz de ofrecer alternativas de calado” (Della Porta, 2017).

Pero la atracción hacia soluciones autoritarias y xenófobas y la cultura del rechazo que acunan, se explican también por el vacío dejado por las organizaciones y movimientos progresistas en el terreno de la movilización y las luchas sociales concretas. Como señala, con razón, un militante indonesio, el conservadurismo ha podido progresar tanto en Indonesia porque ningún movimiento progresista fuerte le ha hecho frente (Benny Setia Wirawan, 2016). En otras partes, el extremismo cultural y las soluciones políticas conservadoras han progresado incluso más que las pocas redes de organizaciones progresistas que, anteriormente, encuadraban a los grupos populares y a las poblaciones marginalizadas y que se han debilitado, han perdido influencia y dinamismo y a veces se han despolitizado.

Ahora bien, este terreno perdido no está en barbecho. Ha sido ocupado, o reocupado, por una multitud de organizaciones ultranacionalistas, religiosas y reaccionarias, que han extendido a ellas su influencia, sirviendo en ocasiones de caja de resonancia a determinados partidos políticos que les movilizan en función de sus estrategias electorales: “En muchos países —señalan Ian Scooner y coll.—, organizaciones juveniles patrocinadas por el Estado tratan de controlar y canalizar sus aspiraciones, para evitar cualquier tipo de movilización autónoma [...]. La ausencia de movimientos juveniles potentes, independientes y populares que promuevan sus prioridades y agendas, ha dejado caer en la apatía o la desmovilización a esta juventud frustrada y marginalizada, o les ha arrojado a los brazos de organizaciones populistas reaccionarias, como Indonesia Pemuda Pancasila y el Frente de Defensa Musulmán” (2017).

En un contexto mundial cada vez más caótico y amenazante, esta doble evolución (o doble resignación) ha contribuido a reducir el espacio para difundir una cultura progresista y a debilitar a las fuerzas que la impulsan, cada vez más dispersas, fragmentadas, a menudo aisladas y replegadas

sobre sí mismas. Ahora mismo es importante extraer lecciones de este vuelco. Los actores progresistas no pueden contentarse con esperar a que pase la tormenta. Para hacer frente a esta potente ofensiva, tendrán que dedicarse a una paciente y difícil reconquista de los territorios perdidos, tanto el de las ideas como el de las luchas sociales, políticas, culturales y democráticas concretas. Mientras tanto, como indica Arjun Appadurai, “tenemos la imperiosa necesidad de una multitud demócrata. Esta es la única respuesta posible a la masiva represión que se expande por todas partes, tanto en Europa como en otros sitios” (2017).

Laurent Delcourt es historiador y sociólogo, encargado de estudios en el CETRI (Centre tricontinental, Louvain-la-Neuve)

<https://entreleslignesentrelesmots.wordpress.com/2018/04/23/derives-reactionnaires-et-contre-mouvements-dans-le-sud/#more-33739>

Este texto corresponde a la presentación del libro colectivo:
Droites militantes et mobilisations réactionnaires.
Cetri-Syllepse, Louvain-la-Neuve-Paris, 2018.

Traducción: **viento sur**

Referencias

- Alternatives Sud* (2017) “Accords de libre-échange. Cinquante nuances de marché”, vol. 24-3, Cetri-Syllepse, Louvain-la-Neuve-Paris.
- Alternatives Sud* (2015) “L’aggravation des inégalités”, vol. 22-3, Cetri-Syllepse, Louvain-la-Neuve-Paris.
- Alternatives Sud* (2005) “Mouvements et pouvoirs de gauche en Amérique latine. Points de vue latino-américains”, vol. 12-2, Cetri-Syllepse, Louvain-la-Neuve-Paris.
- Agrikoliansky, E. et Collovald, A. (2014) “Mobilisations conservatrices: comment les dominants contestent”, *Politix*, 2, n° 106.
- Appadurai, A. (2017) “Une fatigue de la démocratie”, dans Geiselberger H. (dir.), *L’âge de la régression*, Premier Parallèle.
- Banégas, R. (2010) “Mobilisations sociales, crises identitaires et citoyenneté en Afrique”, État des résistances dans le Sud (*Alternatives Sud*), vol. 17-4.
- Bayart, J.-F. (2017) “Violence et religion en Afrique”, *Médiapart* – Blog de Jean-François Bayart, 3 de julio.
- Benny Setia Wirawan, G. (2016), “Opinion: Unbalanced wings of Indonesian politics”, *The Jakarta Post*, 10 de octubre.
- Bello, W. (2017) “Duterte fascism and naked force ruling Philippines”, *Asia Pacific Report*, 8 de marzo.
- Bello, W. (2017) “Counterrevolution, the countryside and the middle

1. EL DESORDEN GLOBAL

- classes: lessons from five countries”, *The Journal of Peasant Studies* (Forum on Authoritarian Populism and the Rural World).
- Beyer, M. et Bulard, M. (2017) “Menaces sur l’islam à l’indonésienne”, *Le Monde Diplomatique*, agosto.
- Bohoslavsky, E. y Boisard, S. (2017) “Derechas nuevas, viejas y renovadas: presentación de la problemática”, *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos, New Worlds*, Coloquio “Pensar las derechas en América Latina, siglo XX”.
- Case, B. (2014) “In Thailand, a political crisis with global implications”, *ROAR Magazine*, 23 de agosto.
- Chachavalpongpun, P. (2012) “Thaïlande: des mobilisations de rue aux coalitions des chemises rouges”, *Alternatives Sud* (États des résistances dans le Sud-Asie), vol. 19-4.
- Chong, Pui Yee (2012) “Malaysia’s Right Wing Problem. Lively civil society is welcome. But is Malaysia’s government turning a blind eye to extremist voices”, *The Diplomat*, 2 de marzo.
- Cusset, F. (2016) *La droitisation du monde, conversation pour demain*, Paris: Textuel.
- Geiselberger H. (dir.) (2017) *L’âge de la régression*, Premier Parallèle.
- Delcourt, L. (2015) “Un Tea Party tropical? La montée en puissance d’une ‘nouvelle droite’ au Brésil”, www.cetri.be, 6 de julio.
- Della Porta, D. (2017) “Politique progressiste et politique régressive dans le néolibéralisme tardif”, Geiselberger H. (dir.), *L’âge de la régression*. Paris: Premier Parallèle.
- Djani, L. y Törnquist, O. (2017) “How to curb right-wing populism in Indonesia”, *The Jakarta Post*, 14 de marzo.
- Enders, A. (2017) “Brésil: catastrophe en vue”, *The Conversation*. Paris: 12 de noviembre.
- Fang, L. (2017) “Sphere of influence: how American Libertarians are remaking Latin American Politics”, *The Intercept*, 19 de agosto.
- Frewer, T. (2015) “Fascist assemblages in Cambodia and Myanmar”, *New Mandala*, 26 de marzo.
- Hamayotsu, K. (2013) “Towards a More Democratic Regime and Society? The Politics of Faith and Ethnicity in a Transitional Multi-Ethnic Malaysia”, *Journal of Current Southeast Asian Affairs*, 2.
- Illouz, E. (2017) “Du paradoxe de la libération à la disparition des élites libérales”, Geiselberger H. (dir.), *L’âge de la régression*, Premier Parallèle.
- Le Monde* (2017) “Le Brésil sous l’emprise des ‘BBB’ pour bœuf, Bible et valle”, 19 de diciembre.
- Nachtwey, O. (2017) “La décivilisation. Sur les tendances régressives à l’œuvre dans les sociétés occidentales”, Geiselberger H. (dir.), *L’âge de la régression*. Paris: Premier Parallèle.
- Oxfam International (2018) “Partager la richesse avec ceux qui la créent”, Oxfam GB, enero.
- Raillon, Fr. (2017) “Asie orientale: le syndrome national-populiste”, *Questions internationales*, n° 83, enero-febrero.

DERIVAS REACCIONARIAS Y CONTRAMOVIMIENTOS EN EL SUR

- Rendueles, C. (2017) “De la régression globale aux contre-mouvements post-capitalistes”, Geiselberger H. (dir.), *L'âge de la régression*. Paris: Premier Parallèle.
- Scooner, I.; Edelman, M.; Borras, S.M.; Jr. Hall, R.; Wolford, W. (2017) “Emancipatory Rural Politics: Confronting Authoritarian Populism”, *Journal of Peasant Studies* (“Forum on Authoritarian Populism and the Rural World”).
- Segrera, F.L. (2016) “América Latina: crisis del posneoliberalismo y ascenso de la nueva derecha”, Ciccus-Clacso, Buenos Aires.
- Stauber, Th. (2017) “Terapia de shock color azafrán. El nacionalismo hindú divide a la sociedad india”, *Nueva Sociedad*, mayo-junio.
- Vigna, A. (2017) “Au Brésil, la crise galvanise les droites”, *Le Monde Diplomatique*, diciembre.
- Vommaro, G. (2014) “Meterse en política: la construcción de PRO y la renovación de la centroderecha argentina”, *Nueva Sociedad*, n° 254, noviembre-diciembre.
- Wolf, E. (1974) “Les guerres paysannes du vingtième siècle”. Paris: François Maspero.